

## CAPÍTULO VIII

Ojeada retrospectiva. — Los Franceses en México. — Aspecto de la ciudad. — Los conciertos matinales en la Alameda. — El mariscal Forey y los niños. — Gran baile en el Teatro Nacional. — Los príncipes de Iturbide. — El consejo de Estado. — El contingente belga. — Su llegada á México. — La campaña de Michoacán. — Los descalabros de las fuerzas imperialistas. — El 15 de agosto de 1865. — Cómo se celebró en México.

Antes de seguir refiriéndome en general á la corte imperial y en particular á la persona de Maximiliano, es necesario que el lector tenga idea aunque ligeramente, de sucesos, anteriores á mi ingreso á la secretaría particular del Emperador, pues naturalmente se relacionan mucho con lo que relataré en capítulos subsiguientes.

Entraron las tropas francesas á México, como es bien sabido, en el mes de julio de 1863, después del segundo sitio de Puebla; sitio en que las tropas liberales se batieron con tanto heroísmo como valentía.

Á pesar del triunfo de los Franceses y á pesar de que

los soldados de Napoleón III, por doquiera eran recibidos con agasajos, al mariscal Forey, que era un hombre muy perspicaz, no podía escapársele, que ese entusiasmo con que eran recibidas sus tropas, era enteramente forzado, pues comprendía perfectamente que el pueblo mexicano, no toleraba la intervención y que al alejarse de cada ciudad, que abandonaba el Presidente Juárez, éste lo hacía en vista de las circunstancias y obligado por la fuerza; pero contando siempre con la simpatía de los habitantes de las poblaciones que se veía obligado á abandonar.

El día 4 de junio 1863, ocuparon los cazadores de Vincennes, la garita de San Lázaro; el día siete del mismo mes, entró á la capital el general Bazaine y el once del propio junio, hizo su entrada solemne el mariscal Forey, llevando á su derecha al general Almonte y á su izquierda al ministro Saligny; tras el mariscal Forey, caminaba el general Don Leonardo Márquez.

Á la entrada de las tropas francesas al mando del mariscal Forey, acudió á las calles de la capital, con frenético entusiasmo, todo el elemento reaccionario, todos los propietarios y los ricos que habian huido de la ciudad por no verse obligados á pagar los impuestos de la guerra, y todo lo que falsamente se llama aristocracia, aun en la actualidad, lo mismo que en esa fecha, lejana ya de cuarenta años.

Pero la gran masa del pueblo, el pueblo de artesanos, de trabajadores, de gente únicamente de labor y que en las revueltas tanto intestinas, como en guerras extran-

teras, es siempre á la que toca la peor parte, ese grupo numerosísimo, asistió á la entrada del ejército francés, solo por curiosidad pues bien marcada era su actitud sombría y casi hostil.

La división francesa, compuesta de unos treinta mil hombres, desfiló por las principales calles de México en el orden siguiente :

El mariscal Forey, con los generales antes citados y con su brillante estado mayor de jefes y oficiales ; seguíanle los cazadores de Vincennes, los batallones de línea, los zuavos y los turcos, con sus vistosísimos uniformes ; los cazadores de Africa y los spahis, los húsares y la artillería, ocupando desde luego los cuarteles que ya se les habían designado de antemano y desagradando mucho á los habitantes de la ciudad, desde luego, que los cazadores de Africa, tomasen por campamento la Alameda.

Naturalmente chocó que los prados se convirtieron encampo, donde los caballos sueltos pacían alegremente y las calzadas del parque cubiertas de fogatas y tiendas de campaña, alejaron por algunos días y por completo á los asiduos concurrentes á este paseo.

Siendo desconocido en México, entonces por lo menos, el sistema de alojamientos ; en los primeros días desagradó mucho también, ver que los oficiales de cierta graduación, se presentasen en las casas de familias medianamente acomodadas solicitando hospedaje. Pero pronto ese disgusto se trocó en simpatía, pues con muy raras excepciones, los oficiales franceses,

eran como todas las gentes de su raza, alegres, decidores, galantes y muy atentos con las damas y las señoritas.

Pasadas algunas semanas de la entrada de las tropas francesas, reinaba en la ciudad la más completa alegría y por doquiera, en teatros, en paseos, en las principales avenidas, se encontraban oficiales franceses luciendo sus vistosos uniformes y llevando del brazo bellas señoritas mexicanas.

Sabiendo el disgusto que en la ciudad había causado que acamparan los cazadores de África en la Alameda, la comandancia militar mandó levantar ese campamento, hizo reparar los prados y componer las calzadas, y ordenó que los cazadores de África pasaran á un cuartel.

Por último, para borrar la mala impresión de ese campamento en el parque ya citado, ordenó la propia Comandancia, que se dieran allí conciertos matinales, que duraban de las diez de la mañana á la una de la tarde.

Fué pues éste el punto de reunión de todas las damas y señoritas de todas las clases de la sociedad, y fué allí donde se proyectaron muchos matrimonios entre oficiales franceses y señoritas mexicanas y donde se comenzaron también muchos idilios.

Nunca dejaba de asistir á estos conciertos el mariscal Forey, quien tomaba asiento cerca de la banda militar, rodeado de su brillante estado mayor. Cuando había ceremonia oficial, presentábase siempre de gran uni-

forme, con sombrero montado, casaca azul, pantalón de ante y bota fuerte de charol.

Era el mariscal de elevada estatura, un poco grueso, de facciones duras, y largos mostachos. Su aspecto á primera vista inspiraba temor más bien que confianza; pero á los pocos minutos de haberlo tratado, descubriase desde luego, al caballero francés de maneras irreprochables y de finos modales.

Tenía especial cariño por los niños y no había alguno de los que concurrían al parque, que no fuera agasajado por el mariscal. Sentabáseles sobre las rodillas, dejaba que ingenuamente y con toda la curiosidad de su edad, inspeccionaran sus condecoraciones, comprábales dulces y juguetes, así es que tan luego como aparecía en la Alameda, corrían hacia él, sus pequeños amiguitos, gritando desaforadamente « ¡ Ahí viene nuestro amigo Don Forey ! ¡ Ahí está Don Forey ! »

Pocas semanas después de que se organizaron los conciertos en la Alameda, en vano los chiquillos buscaban á su amigo Don Forey, pues éste había partido para Francia.

Deseosos los altos jefes y la oficialidad francesa, de demostrar de alguna manera su simpatía á la sociedad de México, organizaron un baile en el gran Teatro Nacional, que como recordarán todavía y por mucho tiempo, muchos habitantes de la buena ciudad de México, era vastísimo, é improvisado en salón de baile, resultaba verdaderamente grandioso.

La decoración del salón, organizada por militares, era naturalmente militar también.

En el fondo, se formó una colosal cruz de la Legión de Honor, hecha con bayonetas y marrazos, los frentes de los palcos ostentaban panoplias muy vistosas, las arañas que iluminaban el salón, estaban también formadas de pistolas y de sables, y por último el vestíbulo lucía brillante decorado de piezas de artillería, balas y fusiles colocados en pabellones.

Los jefes y oficiales franceses atendieron con toda galantería y con sus exquisitas maneras á las damas invitadas; sirvióse á la media noche una espléndida cena y terminó la velada á las cinco de la mañana dejando muy gratos recuerdos entre todos los concurrentes.

Llegó por aquel tiempo el Emperador á la capital y si bien la era de fiestas y de bailes se prolongó por algunos meses, comenzaron muy pronto las dificultades y comenzó también á cundir el descontento entre los miembros del partido conservador, pues el propio Emperador, sin desconocer que entre los conservadores había hombres de talento reconocido y de reconocido valer, no dejaba de llamarles en francés *Vieilles per-ruques* y de preferir á los liberales, pues reconocía en éstos á los hombres del progreso y del porvenir.

Así sucedió que poco á poco, fué haciendo á un lado á los mismos que lo habían traído al poder y se fué á la vez rodeando de hombres, que por sus ideas avanzadas y antimonárquicas, no podían ser sino sus enemigos.

Siendo como era Maximiliano, más idealista y soñador que político, era natural que sus planes fracasaran. Creyó que le sería muy fácil acabar con la guerra civil y con la división de partidos, llamando á su lado á los liberales que quisieran servirlo; y creyó también que así consolidaría en México, una era de paz y de bienestar sin que pasaran tantos años todavía para que se realizara su deseo.

Suponia que la mejor forma de gobierno que podía convenir al país, era la de la monarquía hereditaria; pero como él no tenía hijos y sabía perfectamente que nunca los tendría, había formado el proyecto que después dió á conocer y que consistía en adoptar á dos nietos del Emperador Iturbide. Fué pues llamada á Palacio, la Sra Doña Josefa, hija única que existía del infortunado Don Agustín de Iturbide. Se dió á la mencionada señora el rango de princesa mexicana y se la encargó la educación del pequeño Agustín, entonces de cinco años de edad é hijo de Don Angel de Iturbide, muerto ya, y de una dama americana, que cedió al Emperador todos sus derechos sobre el niño, mediante una fuerte indemnización. Así pues se convino en que á la muerte de Maximiliano, subiría al trono, Don Agustín de Iturbide, nieto del Emperador del mismo nombre, fusilado en Padilla en 1824.

En cuanto al otro Iturbide, el joven Salvador, de dieciséis á dieciocho años de edad, fué enviado á Europa á continuar su educación con una pensión adecuada á su rango de príncipe. Este príncipe, siguió viviendo en

Europa, después de la caída de Maximiliano y cuando apenas contaba veintidós años, se casó en Venecia con una rica heredera de una familia de Polonia.

Siguiendo Maximiliano la idea de Napoleón III de crear en el país una legión extranjera, comenzó por formar la legión belga y enseguida escribió á Trieste para que se formara una legión austriaca, dedicada ésta para su persona. Nada más propio para sembrar la envidia y las rivalidades en el ejército, como la formación de esas legiones extranjeras. Efectivamente, los generales mexicanos al ver esto, comenzaron á sentirse heridos en su susceptibilidad y las legiones extranjeras vinieron á aumentar los elementos de discordia que ya reinaban entre el ejército.

Ocupado Maximiliano desde las cuatro de la mañana en los asuntos de Estado, estimulaba así á todos los demás funcionarios públicos, y á diario expedíanse decretos y leyes, ya dando instrucciones á los prefectos políticos para la conservación de los caminos, cuidando de la salubridad pública, de la instrucción del pueblo, imponiendo penas severísimas para los ladrones y los plagiarios; ya creando un consejo de Estado, cuyas atribuciones eran la redacción de leyes y de reglamentos y el examen y el estudio de los que le fueran sometidos por el Emperador, dándole su dictamen.

Este consejo llevaba el sello marcado de las ideas del Soberano, pues sus miembros habían sido escogidos entre los caballeros más prominentes de los dos partidos.

Era el presidente del consejo Don José María Lancunza, reconocido como liberal, así como también los consejeros Ortigosa, Don Manuel Siliceo y López Portillo.

Entre los consejeros reconocidos netamente como clericales, encontrábanse los Sres. Don Hilario Elguero, Don Teodosio Lares, y Don Urbano Fonseca siendo también consejeros el general Don José López Uruga y el obispo Ramírez. Mientras esto pasaba en la capital del Imperio, las tropas francesas se batían en diversos puntos del país, cosa que indicaba muy á las claras que éste lejos de estar pacificado, seguía en constante revuelta.

Así por ejemplo, en los límites de los Estados de Durango y Chihuahua, el coronel Dupont batía al jefe juarista Quesada. Al suroeste de Guadalajara, el coronel Clinchant dispersaba las fuerzas de Arteaga y sin embargo, á pesar de estos triunfos de las tropas francesas, el mariscal siguiendo los deseos de Napoleón, enviaba á Francia las primeras fuerzas francesas al mando del general Laurencez. Todos los Mexicanos adictos á la causa del Imperio, vieron con profundo sentimiento la partida de las fuerzas francesas que abandonaban el país; pues no se necesitaba ser gran estratégico ni gran militar, para comprender que las fuerzas belgas recientemente llegadas no podían competir en lo absoluto con los soldados de Napoleón III.

Esta medida y otras determinaciones que tomaba el mariscal Bazaine, quien directamente recibía sus ór-

denes del ministro de la guerra en Francia, eran enteramente desconocidas de Maximiliano y comenzaba á despertar su desconfianza y á acarrear cierta tensión entre las relaciones del mariscal con el Emperador.

Sin embargo en apariencia, las relaciones entre los dos seguían muy cordiales, pero cuantas veces delante de mí, cuando yo escribía en el cuarto de Su Majestad; éste y Carlota trataban dicho asunto en largas é importantes conferencias.

Hablaban en francés, y yo escuchaba sus amargas quejas y los reproches que hacían al Emperador de los franceses; sabían que de mis labios no saldría una sola sílaba y seguían y seguían, quejándose y formando proyectos para salvar el naciente Imperio mexicano.

Aumentó el disgusto en esos días, un serio percance acaecido á la legión belga en Michoacán. Eran los belgas soldados bisoños, casi niños todos, pues con excepción del coronel Vandersmissen y del mayor Tigdal, muy pocos eran los que pasaban de veinticinco años. Habíanse alistado en Bruselas, al saber que venían á México, solo con el deseo de obtener triunfos y gloria militar, en un país del que era soberana, su querida princesa Carlota, hija de su rey Leopoldo.

Cuando llegaron los belgas á México, el Emperador llevando del brazo á su ilustre consorte, pasó revista á la nueva legión, frente al Palacio imperial, la Emperatriz les dirigió amables frases de bienvenida y por la tarde se les sirvió una comida á la que asistieron desde

el coronel hasta el último subteniente. Esa tarde Su Majestad Carlota, se mostró muy complacida de hallarse entre sus paisanos y con marcada afabilidad preguntaba á cada uno de los oficiales de qué punto de Bélgica era, si tenía familia y otros detalles mas sobre sus personas y su país natal. Pocos días después de su llegada á México, salieron los belgas para la campaña, yendo á reforzar la guarnición de Morelia que solo se componía del 81 de línea á las órdenes del coronel De Potier. Este coronel francés y Vandersmissen, recorrieron la comarca con una ligera columna sin alcanzar al enemigo, dejando hacia el sur un destacamento de trescientos belgas, á las órdenes del mayor Tigdal, habiéndole advertido De Potier que era muy fácil que lo atacara Régules y que por lo tanto debía detenerse y atrincherarse en Tacámbaro para cortar el paso á los tres mil hombres de Régules.

Efectivamente al amanecer del día once de abril de 1865, por doquiera desembocaban los asaltantes; salen los belgas tres veces de sus trincheras y los rechazan á la bayoneta; pero á cada salida disminuye el número de ellos; de tal manera, que se ven obligados á encerrarse en la iglesia, donde resisten hasta las diez de la mañana. Caen mortalmente heridos á esas horas el capitán Chazal, hijo del ministro de la Guerra en Bélgica, y el capitán Delaunay; el mayor Tigdal y tres de sus tenientes más valerosos caen muertos, y los dos capitanes y el último teniente que quedaban, son también heridos. En esos instantes incéndiase el campanario, y

los ciento noventa soldados que quedan se rinden, siendo ya materialmente imposible la resistencia.

Llega esa misma noche á Tacámbaro el general Arteaga, y sin haber tomado participación alguna en el combate, pide inhumanamente que los ciento noventa adolescentes belgas sean pasados por las armas en el acto; pero se oponen á tan bárbara carnicería los generales Riva Palacios y Régules. Tan luego como el coronel De Potier tuvo conocimiento de esta derrota, se puso en persecución de Régules, á quien alcanzó el día 23 del mismo mes, derrotándolo y consiguiendo que sus fuerzas se desorganizaran y huyeran con dirección hacia el sur.

Dejo á la consideración de mis lectores, la impresión que la derrota de los belgas, causaría en el ánimo de los Soberanos, especialmente en el de la Emperatriz, quien al saber la noticia funesta, reprochaba á De Potier, el haber dejado el pequeño destacamento de trescientos soldados noveles sabiendo que una fuerza mayor iría á atacarlos.

Pocos meses después el coronel Vandersmissen fué investido del mando de todo el Estado de Michoacán, limítrofe con el de Guerrero, que servía de retiro á numerosos grupos del partido liberal. Tenía el coronel belga para secundarlo en sus planes de campaña al coronel Clinchant con seiscientos zuavos y al coronel mexicano Ramón Méndez, indio lleno de bravura á quien apellidaban el segundo Mejía. Informados los tres jefes que acabo de citar, de que el día 19 de junio,

los generales juaristas Arteaga y Pueblita, habían atacado y tomado la ciudad de Uruapan, fusilando al subprefecto Don Isidro Paz y al comandante de la plaza, coronel Lemus; el coronel Clinchant, se pone en persecución de Pueblita, lo alcanza, lo derrota y lo mata y recobra la plaza de Uruapan.

Entre tanto Arteaga maniobra para envolver á los belgas, que con el coronel Vandersmissen ocupan el día 29 del mismo mes la ciudad de Tacámbaro, que era el cuartel general de los liberales y ejecuta ese movimiento apoyado por el valiente coronel Méndez á quien ya cité antes. El coronel belga, para inspirar confianza al enemigo hace una retirada falsa desde Tacámbaro hasta Santa Clara, donde transporta sus enfermos y reúne sus provisiones. Cae Arteaga en la trampa y entra á Tacámbaro con tres mil combatientes; entonces Vandersmissen, que aunque solo tiene novecientos combatientes tiene fé en la victoria pues sus soldados están sedientos de venganza, ataca á las tropas del general republicano, mientras la artillería barre el camino; toman á paso de carga los belgas las posiciones de Arteaga, huye la caballería de éste, la infantería se rinde y al cabo de una hora la victoria está del lado de los imperialistas que toman al enemigo, una bandera, seis piezas de artillería y gran cantidad de fusiles y de carabinas entre las cuales se encuentran todas las que los mismos belgas habían perdido en el combate del once de junio.

Y así como causó tal sentimiento en el ánimo de los

Soberanos la noticia de la primera derrota, así la noticia de esta victoria llenó de alegría sus corazones, especialmente el de la Emperatriz, por tratarse, como ya se sabe, de sus compatriotas.

Con motivo de este triunfo, la Emperatriz escribió una carta á Vandersmissen felicitándolo; el Emperador otra á Bazaine; pero del coronel mexicano que había tomado parte muy activa en el combate nadie se acordó y éste fué un nuevo germen de rivalidad y de discordia.

Llegó el día quince de Agosto de 1865, fecha que la Francia Napoleónica celebraba con gran esplendor y tercera vez que las tropas francesas, de la expedición de México, celebraban la citada fecha en territorio mexicano. Celebróse la del año 1865, como las de años anteriores, con solemne *Te Deum* en la Catedral, revista pasada á las tropas por el mariscal Bazaine, banquete por la tarde en Chapultepec, ofrecido por el Emperador á ochenta jefes y oficiales franceses de alta graduación; y como el comedor del castillo no fuera suficiente para contener tanta gente, allí solo se sirvió la mesa de honor para el Emperador, el mariscal Bazaine y los generales, y en los jardines se distribuyeron los demás comensales militares. Todavía en ese banquete parecía reinar en apariencia la mayor cordialidad entre el Emperador y el mariscal. A la hora de los brindis, Maximiliano brinda por Napoleón III y el mariscal brinda por Maximiliano Emperador de México. Por la noche á las ocho se quemaron en la plaza unos fuegos artificiales muy vistosos en los que la pieza principal repre-

sentaba la toma de una plaza fuerte y desde las diez de la noche hasta la madrugada hubo gran baile en el palacio de Buenavista, donde su propietario el mariscal Bazaine había dispuesto un decorado enteramente militar.

Como los jardines del palacio de Buenavista se extendían hasta el Egido y estaban cerrados solo por una reja de hierro, el pueblo en masa podía admirar la hermosa iluminación y los brillantes letreros formados con farolillos venecianos y en los que se leía « VIVE NAPOLEÓN III! VIVE L'EMPEREUR MAXIMILIEN! ».

---

## CAPÍTULO IX

Los generales Miramón y Márquez parten para Europa. — La Orquesta, sus redactores y su dibujante. — Accidente en el ferrocarril de Tacubaya. — Las Víctimas. — Visita al Hospital de Jesús. — Disgustos en la corte. — Viaje á Pachuca. — Una noche en el lago de Texcoco.

Dos hombres sobre todos los demás descollaban entre los jefes del partido conservador; eran estos los Generales Miramón y Márquez.

Miramón, que de simple alumno del Colegio Militar había conquistado en muy poco tiempo todos sus grados militares, y á pesar de su edad relativamente corta, había llegado á ser Presidente de la República, y Leonardo Márquez, que habiendo nacido en Enero de 1820, comenzó su carrera militar á los diez años de edad, entrando como cadete al ejército y había llegado á ser general de División en 1859.

A su valor indiscutible, los dos jefes reunían grandes conocimientos militares, vasta instrucción, y grandes deseos de ayudar al triunfo de la causa imperialista.